

Recientemente se cumplió el bicentenario del nacimiento del Libertador Simón Bolívar, el hombre que juntamente con José de San Martín, libertó a América Hispana. La fecha es propicia para intentar un acercamiento a la personalidad del ilustre venezolano, a través del análisis de algunos de sus escritos. El presente artículo, de Arturo Uslar Pietri, intenta esa aproximación y por considerarlo de interés lo ofrecemos a nuestros lectores.

Acaba de aparecer, editada por la Unesco una selección, que se llama La esperanza del universo, de escritos muy importantes de Bolívar. Ahí están todos los documentos fundamentales. Yo me voy a permitir tomar cuatro ejemplos. Un párrafo de 1815, en el momento en que parece que todo el proyecto ha fracasado. El ve con terror lo que está pasando y se pone a analizar en Jamaica las posibilidades que todavía quedan para América y qué puede pasar con América. A eso le sigue un cuadro hermoso, y además muy profético, lo que pasó finalmente. De esa carta de Jamaica extraigo este párrafo que expresa muy bien este punto de vista.

Más que las ideas me parece importante la expresión, la forma en que él se expresa, la lengua que emplea. Dice Bolívar: "... Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Mundo Nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes Estados que hayan de formarse; más no es posible, porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes dividen a la América. ¿Qué bello sería que el istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto fue para los griegos! Ojalá que algún día logáramos la fortuna de instalar allí un augusto congreso de los representantes de las repúblicas, reinos e imperios a tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra, con las naciones de las otras tres partes del mundo".

Llama la atención no sólo la justeza y la originalidad de la expresión sino el ritmo, que es propio de los grandes escritores. Hay gentes que escriben mejor o peor pero el ritmo de la lengua, ese ritmo propio que es como una respiración, solamente los muy grandes escritores lo han tenido.

Otro párrafo muy hermoso del largo mensaje de Angostura es aquél en que se refiere a la libertad de los esclavos. Bolívar estuvo toda su vida persuadido de que la esclavitud era una injusticia atroz y que debía acabar. Y en la temporada en que residió en Haití, donde recibió una ayuda muy generosa y decidida del presidente Petion, le prometió a Petion que tan pronto regresara a Venezuela liberaría los esclavos. El primer acto de Bolívar al desembarcar en Margarita para empezar la campaña fue proclamar la libertad de los esclavos. Y más tarde insistió en toda la campaña de los llanos en lo mismo, y por último, cuando va a presentar el proyecto de Constitución al Congreso de Angostura expresa esa misma idea, en esta forma que es de una extraordinaria belleza y de un gran poder, en el cual se traduce su emoción y su sentimiento. El dice a los congresales de Angostura del año de 1819.

... "La atroz e impía esclavitud cubría con su negro manto la tierra de Venezuela, y nuestro cielo se hallaba recargado de tempestuosas nubes que amenazaban diluvio de fuego. Yo imploré la protección del Dios de la humanidad, y luego la Redención dispuso las tempestades. La esclavitud rompió sus grillos, y Venezuela se ha visto rodeada de nuevos hijos, de hijos agradecidos que han convertido los instrumentos de su cautiverio en ar-

mas de libertad. Sí, los que antes eran esclavos, ya son libres; los que antes eran enemigos de una madrastra, ya son defensores de una patria. El carcerero la justicia, la necesidad y la beneficencia de esta medida es superfluo cuando vosotros sabéis la historia de los hilotas, de Espartaco y de Haití, cuando vosotros sabéis que no se puede ser libre y esclavo a la

vez, sino violando a la vez las leyes naturales, las leyes políticas y las leyes civiles. Yo abandono a vuestra soberana decisión la reforma o la revocación de todos mis estatutos y decretos; pero yo imploro la confirmación de la libertad absoluta de los esclavos como imploraría mi vida y la vida de la República".

Ya más tarde, en otro documento que refleja otra época y otro momento y otra circunstancia Bolívar escribe esta bellísima carta desde el Cuzco, en julio de 1825. Está entonces en el apogeo de su gloria militar. Acaba de darse la batalla de Ayacucho. Se ha sellado la independencia de América del Sur. Bolívar es en ese momento el árbitro de los destinos de un Continente. Sube al Alto Perú, va a llegar al cerro de Potosí y allí se va a encontrar con los representantes de la Confederación del Río de la Plata, con el General Alvear y los coroneles para hablar de la posibilidad de que Bolívar vaya hasta la Argentina. Este proyecto lo tienta un momento pero no lo lleva a cabo. En ese momento de pleno poder, de euforia en la capital de los incas, en que es un poco la encarnación de los viejos virreyes y de los aún más viejos emperadores incaicos, en que ha recibido como tributo el estandarte con que Pizarro fue a la conquista, recibe la noticia que su tío Esteban Palacios, hermano de su madre, ha regresado a Venezuela después de una larga permanencia en España. Esa carta en que le dan la noticia de que ha llegado su tío Esteban a Caracas lo conmueve pro-

fundamente, y lo hace pensar en la Venezuela que va a ver su tío, en el país desolado por la guerra, en la destrucción que va a encontrar y que lo va a sorprender y escribe esta bellísima carta, a Esteban Palacios, que era además su padrino de confirmación: "Mi querido tío Esteban y mi buen padrino: ¡Con cuánto gozo ha resucitado Ud. ayer para mí! Ayer supe que vivía Ud. y que vivía en nuestra querida patria. Cuántos recuerdos se han aglomerado en este instante sobre mi mente! Mi madre, mi buena madre tan parecida a Ud., resucitó de la tumba, se ofreció a mi imagen. Mi más tierna niñez, la confirmación y mi padrino, se reunieron en un punto para decirme que Ud. era mi segundo padre. Todos mis tíos, todos mis hermanos, mi abuelo, mis juegos infantiles, los regalos que Ud. me daba cuando era inocente... todo vino en tropel a excitar mis primeras emociones... la efusión de una sensibilidad delicada.

Todo lo que tengo de humano se removió ayer en mí: llamo humano lo que está más en la naturaleza, lo que está más cerca de las primitivas impresiones. Ud., mi querido tío, me ha dado la más pura satisfacción, con haberse vuelto a sus hogares, a su familia, a sus sobrinos y a su patria. Goce Ud., pues, como yo, de este placer verdadero; y viva entre los suyos el resto de los días que la Providencia le ha señalado y para que un mano fraternal cierre sus párpados, y lleve sus reliquias a reunir las con la de los padres y hermanos que reposan en el suelo que los vio nacer.

Mi querido tío, Ud., habrá sentido el sueño de Epiménides: Ud. ha vuelto de entre los muertos a ver los estragos del tiempo inexorable, de la guerra cruel, de los hombres feroces. Ud. se encontrará en Caracas como un duende que viene de la otra vida y observará que nada es de lo que fue,

Ud. dejó una dilatada y hermosa familia: ella ha sido segada por una hoz sanguinaria; Ud. dejó una patria naciente que desenvolvía los primeros gérmenes de la creación y los primeros elementos de la sociedad; y Ud. lo encuentra todo en escombros... todo en memorias. Los vivientes han desaparecido: las obras de los hombres, las casas de Dios y

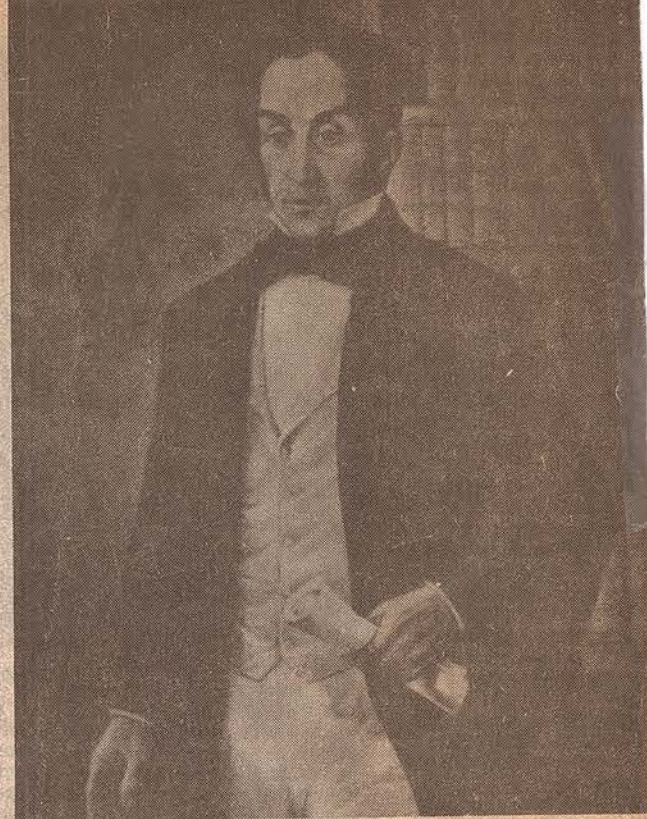
rientes; ellos han sufrido mucho; más les ha quedado la gloria de haber sido siempre fieles a su deber. Nuestra familia se ha mostrado digna de pertenecer a nosotros, y su sangre se ha vendido por uno de sus miembros. Yo he tenido esta fortuna. Yo he recogido el fruto de todos los servicios de mis compatriotas, parientes y amigos. Yo los he representado en pre-

do en la selva de Berruecos al sur de la actual Colombia y tres meses antes de que muera Bolívar. Bolívar le dice en su carta que probablemente no llegaría a manos de Sucre:

"A su Excelencia el General Sucre. Mi querido general y buen amigo: La apreciable carta de Ud. sin fecha, en que Ud. se despide de mí, me ha llenado de ternura, y si a Ud. le costaba pena escribirla, ¿qué diré yo? ¡Yo, que no tan sólo me separo de mi amigo sino de mi patria! Dice Ud. bien, las palabras explican mal los sentimientos del corazón en circunstancias como éstas: perdóne Ud. pues, las faltas de ellas y admita Ud. mis más sinceros votos por su prosperidad y por su dicha. Yo me olvidaré de Ud. cuando los amantes de la gloria se olviden de Pichincha y de Ayacucho.

Ud. se complacerá al saber que desde Bogotá hasta aquí he recibido mil testimonios de parte de los pueblos. Este departamento se ha distinguido muy particularmente. El general Montilla se ha portado como un caballero completo.

Saludo cariñosamente a la señora de Ud. y protesto a Ud. que nada es más sincero que el afecto con que me repito de Ud. mi querido amigo, su Bolívar".



El prócer venezolano

sencia de los hombres; y yo los representaré a presencia de la posteridad. Esta ha sido una dicha inaudita. La fortuna ha castigado a todos... tan sólo yo he recibido sus favores... los ofrezco a Ud. con la efusión más sincera de mi corazón".

Bolívar"

Y por último, la carta escrita al final de su vida, en 1830, cuando a Bolívar le quedan escasos meses de vida, y ya ha renunciado a la Presidencia de Colombia, ha renunciado al mando del ejército, y se retira lleno de amargura y destruida su salud, pensando embarcarse para Europa, cosa que no va a lograr porque muere antes, el 17 de diciembre de 1830 en una hacienda cercana de Santa Marta. Cuando llega a Turbaco en el camino a Cartagena bajando por el río Magdalena recibe una carta que lo conmueve mucho. El más fiel, el más valioso de sus tenientes, el general Antonio José de Sucre, el gran mariscal de Ayacucho, el vencedor en la batalla decisiva que puso fin a la guerra de la Independencia y que había ido a Bogotá a presidir ese Congreso de 1830, frente al cual se habían encrespado todas las pasiones, fue a despedir a Bolívar y ya no lo encontró. Se había marchado Bolívar y le escribió una carta muy hermosa y muy conmovida diciéndole que tal vez era mejor que no lo hubiera encontrado porque hubiera sido muy doloroso para él despedirse. El Libertador recibe esta carta en Turbaco el 26 de mayo, es decir esta carta se escribe pocos días antes de que el Mariscal de Ayacucho, de regreso al Ecuador, sea asesina-